



La Lectura Popular

LA MONEDA DEL OTRO MUNDO



Lo tío Bufetas era un labradorazo riquísimo que tenía diez mil duros de renta labraba veinte fincas por su cuenta, uncia cada día

cien pares de labor y tenía en su casa tal balumba de criados, que cuando amasaba había que llevar el pan al horno en una carreta de bueyes. Pero con todo eso era tan avaro, tan miserable, tan atagatos y tan duro de corazón, que la gente le había puesto Bufetas, porque al punto que venía hacia él un pobre a pedirle dinero abría los ojos como un mochuelo, inflaba los carrillos y soplabá fuertemente sobre la cara del suplicante para despedirle con viento fresco.

En cambio si para los demás era duro y miserable, para él era de lo más piadoso y caritativo que podía darse.



Cuando salía al campo montado en su mula torda, lo primero que echaba en la alforja era una imagen de San Antonio Abad abogado de los animales para que lo librase de todo accidente.

Enseguida echaba la escopeta de dos cañones, una bota de lo tinto, media vara de salchichon, una buena tortilla, y una hogaza de pan tierno.

Luego al montar aun solía decirle su mujer: —Juanico, ¿por qué no llevas un bizcocho para media tarde? Mira hijo mío que tienes el estómago delicado.

—Déjame—contestaba el tío Bufetas: eso son golosinas;—y picando espuelas salía disparado por aquellos plantíos en donde tenía puestos todos los amores de su codicioso corazón.

—¡Qué hermosos!—pensaba él cierto día mientras la torda le llevaba como una flecha á través de sus viñedos.—¡Y que tenga uno que morir y dejarse todo esto!...— Cuando pienso en la muerte se me caen hasta las alas del sombrero.—Si pudiese precaverme contra la muerte; pero ¡cál! —Imposible.

Mas ¡ah! ¡qué idea!—exclamó de repente.—¿Nó dicen que la carne ha de resucitar? Pues si la carne ha de resucitar, también resucitarán los carneros que tengo en el monte, mis pares de labranza, mis cochinos gordos y hasta mi mula torda. Y claro es que como Dios ha de mantener este ganado, resucitará mis huertas, y mis prados y mis viñas y olivares y volveré á ser el más rico del lugar y entonces quién me tose á mí por eternidad de eternidades?

Al llegar á este punto de su meditacion el tío Bufetas sintió tal alegría que dió un salto en la mula y tuvo que agarrarse á las orejas para no caerse. Tal era el regocijo que le infundió el diablo que hacía muchos años le predicaba en el oido cursos completos de teología infernal, escitando su codicia y haciéndole creer que en este mundo como en el otro, oros son triunfos y lo demás es grilla.

Pero un día con todos sus triunfos y sus oros, sopló un mal aire, se le enfrió el cogote estornudó y dando con la cabeza en el pezon de un carro en que estaba cargando un cochino de veintidos arrobas, se quedó en el sitio.



—¡Lastima de padre! esclaron sus hijos llorando á coro. Y tenían razon para llo-



rar porque si vive diez años más, les deja en herencia las pocas tierras que les quedaban á los vecinos de aquel lugar á quienes chupaba el estambre haciéndoles obras de misericordia al quince por ciento con hipoteca y dogal.

Inmediatamente se abrió el testamento del avaro y se leyó en él la clausula siguiente:

«Mando, que despues de cumplida mi obra pia (la obra pia consistia en una limosna de un quintal de cáñamo repartido entre los pobres, para que se ahorcasen) al colocarme en la sepultura se pongan al alcance de mi mano, dos mil pesetas en billetes gordos, otras dos mil en billetes chicos, una regular cantidad en oro, otra idem en plata, y otra en perros de todos tamaños para embestirlos en la eternidad cuando me pidan gratificaciones.

Tambien mando se me coloquen en mi ataud mi nobramiento de alcalde mayor, y el baston con borlas signo de mi constante y dina autoridad.

La razon de éstos mandatos, es porque teniendo fe en la resurreccion de la carne, no quiero que al resucitar la mia me coja desprevenido.»

Los herederos al leer aquello se mordieron los puños pero cumplieron puntualmente el encargo del difunto no por respeto á su memoria, sino porque habia desheredado en tercio y quinto al que tratase de desobedecerle.



Terminadas las exequias y gimoteos el tío Bufetas fué conducido á su última morada á hombros de sus artendafarios que

por el camino fueron rezándole una letanía de injurias y maldiciones á cambio de todas las trastadas que les habia jugado en vida subiéndoles la renta cada año y embargándoles los pantalones en cuanto se descuidaban en pagarle.

Los que llevaban el muerto tomaron la gua y la comitiva formó el coro:

—Era un pillo decian, los primeros.

—Que se esquile, contestaban los segundos.

—Fué un gran avaro apuntaban aquellos.

—Así reviente contestaban estos.

—Era un tío gandul.

—Permita Dios que se lo lleven los diablos.

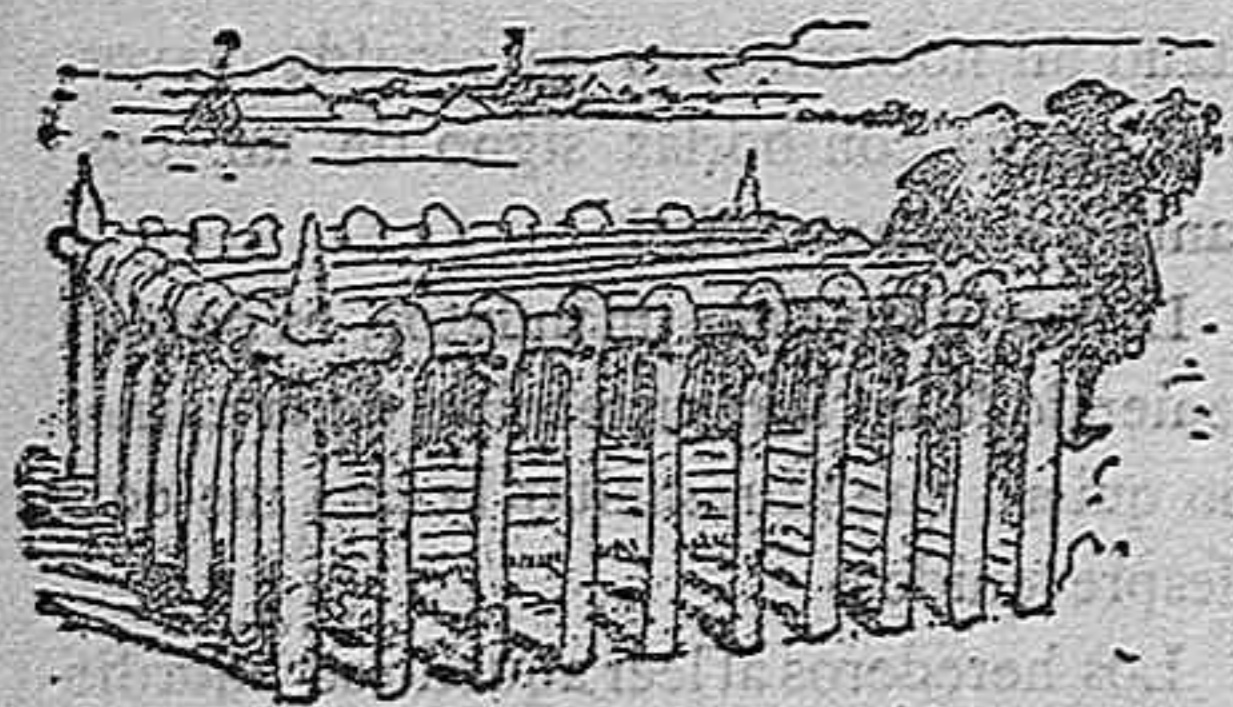
Cuando llegaron al cementerio, dejaron al tío Bufetas en el suelo.

Parecía un atun.

En su cara inflada, tenia aun marcadas las señales de su excésivo *amor al prógimo*. Aun parecia que trataba de tomar aire para echárselo al primero que fuese á pedirle los perros que le rodaban por la caja.

Inmediatamente abrieron la sepultura, le echaron las últimas maldiciones y despues de cerrar el féretro con todos los adminículos testamentarios, los afligidos hijos, hijos políticos, tíos, primos y demás parientes y amigos, se volvieron por donde habian venido, calculando cuanto les tocaria por barba en el reparto del caudal.

Por supuesto antes de marcharse procuraron que la sepultura quedase bien cerrada para que una mano impia no intentase sacar el dinero que habian colocado al alcance de las uñas del tío Bufetas para el día de la resurreccion de la carne.



Pero ¿quién habia de sospechar que la carne resucitase tan pronto?

No bien habian tapiado el panteon, cerrado la verja y marchádose todos, cuando el tío Bufetas, que no estaba muerto sino desmayado, dió un suspiro, abrió sus ojos de mochuelo y volviéndo en sí empezó á palpar á un lado y otro para ver donde se encontraba.

Al pronto creyó que estaba soñando, más no bien tocó los cuartos y el baston con borlas, se acordó del testamento y su horror no tuvo límites.

Me han enterrado vivo, gruñó agarrándose los pelos. ¡Infames! ¡Me han enter-



rado vivo!

Y con los cabellos erizados trató de incorporarse, más no le fué posible; daba con la cabeza en la tapa del cajon.

—¡Dios mio! gritó dando un ¡ay! desgarrador; ¡Yo quiero salir de aquí! ¡yo quiero salir de aquí!—y se retorcia forcejando por salirse; pero no podia estar muy bien tapado.

—¡Socorro! ¡Socorro! gritó aun durante dos horas mortales pero su voz aprisionada entre aquellas marmóreas paredes caia sobre sus orejas sordas tantos años á la voz de los pobres, sonando como la trompeta del juicio.

Durante su vida él no habia oido á nadie y en aquel momento nadie le oia á él.

Hasta hubiese dado un ojo de la cara porque hubiesen venido ladrones á robarle; pero por allí no habia un ladrón para un remedio.

Entonces derramando lágrimas de tristeza y resignandose con su terrible suerte se dispuso á morir de hambre.

De hambre teniendo al lado un capitalazo en billetes de banco, oro y calderilla. Y el nombramiento de alcalde mayor.

Y su baston con borlas signo de su *di-*

na autoridad.

Estas son las grandezas de la tierra. Sin embargo, se consoló pensando que pronto cerraria el ojo y llegaria la resurreccion de la carne y podrian aprovecharle.

Pero tambien se acordó haber oido una vez predicar al cura que aunque toda carne ha de resucitar una resucitará para vida eterna y otra para eterna condenacion.

Este pensamiento que jamás le habia ocurrido se le clavó entonces en la mente como un puñal y le hizo estremecerse horriblemente.

—¡Dios mio! exclamó, levantando los ojos al cielo no quiero condenarme, nó; no quiero perderos para siempre; tened misericordia de mí. Soy la más asquerosa de todas vuestras criaturas. No soy digno de perdon; soy un malvado; pero Vos moristéis en la Cruz por mí. En este momento no puedo reparar mis injusticias; pero puedo arrepentirme y Vos hábeis prometido el perdon al que de veras se arrepiente. Tened misericordia de mí.

En aquel momento Dios que desde el cielo ve todas cosas; vió el arrepentimiento del tío Bufetas, tuvo compasion de él y recibiendo su contricion en pago de sus culpas le dió el osculo de paz sin perjuicio de liquidar con él las cuentas atrasadas.

El tío Bufetas hizo un guiño muy feo, bostezó y se murió enseguida por que al abrir la boca, en vez de pan, se le metieron en ella un puñado de perros de los que tenia sobre la almohada para dar gratificaciones en el otro mundo.

ADOLFO CLAVARANA Y GARRIGA.

(Se concluirá)

EL GRAN TESORO

— « » —

FRAGMENTO DE UNA CARTA DE S. PABLO

La piedad es rica, cuando se contenta con lo necesario. Nada trajimos al mundo cuando vinimos á él, y nada podemos sacar con nosotros cuando salgamos de él. Pues teniendo con que comer y vestir, no deseamos más. Los que desean llegar á ser ricos, caen fácilmente en las tentaciones del demonio; y están expuestos á desear muchas cosas inútiles y nocivas, que precipitan al hombre á su muerte y perdicion. Por que la codicia es la raiz de todos los males, como enseña la experiencia, por la que sabemos, que algunos aun han llegado á abandonar la fé, y se han visto cercados de dolores y angustias de espíritu, por haberse dejado apoderar de amor del dinero. Mas tu, hombre de Dios, que estás dedicado al servicio divino, procura no dar entrada en tu corazón á esta pasion violenta; sino ántes bien, dedícate á la justicia y piedad, y piensa en adquirir la fe, la caridad, la paciencia y mansedumbre. Pelea constantemente por la fé, emprende con el mismo fervor que si ahora comenzaras, el camino que conduce á la vida eterna, á que has sido llamado; y sigue en dar pruebas de tu constancia en la fe, como las has dado ya en presencia de muchos testigos. En nombre de Dios que da vida y ser á todas las cosas, y en nombre de Jesucristo, que confesó la divinidad de su Padre, y la suya en presencia de Pilatos, te encargo y pido, que observes fielmente cuanto te he ordenado, y te conserves irreprochable mientras viviéres; porque sino, serás juzgado severamente en el día en que vendrá Jesucristo nuestro Señor. Considera, que has de dar cuenta á este Juez, á quien luego que llegue el tiem-

po señalado, manifestará al mundo el Padre Eterno, que es el solo feliz y poderoso, el rey de los Reyes, y Señor de los Señores, el solo inmortal por su naturaleza, y el que habita en medio de una luz tan resplandeciente, que no se puede explicar, ni ver como es en sí; y finalmente el Dios verdadero, á quien ningun hombre ha visto hasta ahora, ni puede ver en esta vida mortal, y á quien se debe la honra y reino por toda la eternidad. Amen. Encarga á los ricos de este siglo, que huyan de ser vanos y arrogantes, y que no pongan su confianza en las riquezas que pueden llegar á faltar; sino que la coloquen en Dios vivo, que nos las da en abundancia, para usar bien de ellas. Encárgales, vuelvo á decir, que obren bien, se hagan ricos de buenas obras, y socorran prontamente con sus limosnas á los necesitados. Díles que con esto harán un gran tesoro, que hallarán en el Cielo, el cual no se consigue sino con buenas obras. Conserva, ó Timoteo, la fé y doctrina que Dios ha depositado en tí: evita usar palabras nuevas, y enseñar cosas contrarias á las que por mí has aprendido del mismo Dios: no te dejes prender de esa que falsamente se llama ciencia, y es seguida de algunos, por lo que se han apartado de la fé verdadera. La gracia de Dios sea siempre contigo. Amen.

EL VINO

—(0)—

Si cuando el buen viejo Noé tuvo la feliz ocurrencia de plantar la viña y exprimir las uvas para hacer vino, hubiera sabido las consecuencias que iba á traer su invención, sin duda que hubiese quemado las cepas, para que ninguno de sus muchachos oliera el negocio y le tomara afición. Pero es el caso que el pobre anciano diría para sus adentros: Cuando Dios ha criado la vid, bueno debe ser su fruto. Y tenía razón. Dios hace todas las cosas buenas, pues todas tienen un buen fin, aun que nosotros no lo conozcamos. Nosotros somos los que torciendo ese fin por ignorancia ó por malicia las convertimos en malas. Eso sucede con el vino.

El vino es un precioso licor que repara las fuerzas perdidas, da vigor al estómago débil del pobre trabajador, y constituye en muchos casos un excelente medicamento para muchísimas enfermedades.

Pero el abuelo Noé, por ignorancia, se embriagó por primera vez, y sus nietos por malicia hemos seguido tomando borracheras.

Si el pobre obrero (no hablo de los caballeros que toman turcas por conside-

rarlo de buen tono, pues á ellos les hablaría yo en otro lenguaje); si el pobre obrero, repito, pensara las consecuencias de la embriaguez, seguro que no bebería jamás con exceso ni fuera de las comidas.

¡Ay! mirad la casa del desgraciado que es víctima de ese vicio denigrante. ¡Qué cuadro más triste! Una mujer desgraciada pálida y flaca como la estatua del hambre, con el humor de la desesperación pintado en el rostro: unos hijos rotos, desarrapados y díscolos; un hogar apagado y frío, donde no se enciende otro fuego que el de la discordia; el abandono, en fin, por todas partes. ¿Quereis saber la causa?

Mirad á aquel hombre que viene medio cayéndose por el extremo de la calle. Su facha os dice como viene. La cara embrutecida; los ojos sanguinolentos; la capa medio caída y llena de lodo; su aspec-



to es el del verdadero perdido. No hay, pues, que preguntarle de dónde viene. Es sabido ha cobrado los escasos jornales de la semana y se los trae á su mujer; solo que en vez de traerlos en el bolsillo, los trae en el estómago.

Los vecinos socarrones salen á las puertas á echarle algunas puyas que él contesta con blasfemias escupidas, mas bien que pronunciadas por aquella boca balbuciente.

Al beodo basta á veces una sola palabra para enfurecerlo, y esa palabra no falta quien la diga.

—¿Cambiaste la peseta?

—¿Qué bueno vienes?

—¿Lo tomaste del rincón?

Este recibimiento de los vecinos acaba de preparar el ánimo del borracho, que demasiado débil y embrutecido para luchar con los burlones que le asedian, busca en su desdichada familia seres más débiles que él para descargar su mal humor

y su mal vino. El hogar le espera, aquel hogar frío donde unos hijos hambrientos esperaban el socorro de su padre como los tiernos pajarillos esperan en el nido el alimento suspirado, es el sitio que el borracho elige para teatro de sus proezas.

Aquel hombre desalmado, al oír de boca de su mujer la primera palabra de reproche, ¿qué digo? al ver que no encuentra dispuesta la cena sin haberla pagado, estalla como una tormenta sobre la cabeza de aquellos seres inofensivos y hace llover sobre ellos los golpes mezclados con las blasfemias.

Si la esposa tiene el carácter duro y no sabe usar de toda la paciencia que requiere el caso, entonces la escena llega á ser cruel y no falta tal vez algun terrible golpe alcanzando hasta al inocente niño de pecho, hace partícipe al pobre angelito del martirio de su madre y sus hermanos.

Tal es con cortas diferencias la historia de casi todas las embriagueces.

Para el borracho no hay familia, no hay amor, no hay religion, no hay decoro, no hay nada, más que vino.

El fruto pues, que coge el borracho tiene que ser proporcionado á la simiente que siembra. Su esposa falta de pan y sobrada de trabajos, suele morir en un hospital. Sus hijos faltos de educación, tal vez en un presidio. Él, consumido por el vicio y por la miseria, suele dormirse en una borrachera para no despertar jamás; ó mejor dicho, para despertar donde quiere la justicia de Dios.

Obrero amigo, huye del vino.

ADOLFO CLAVARANA Y GARRIGA.

Este artículo fué publicado hace 10 años en *La Lectura Popular*. Lo reproducimos hoy para complacer á los que desean repitamos la publicación de algunos de nuestros primeros articulos no conocidos de los actuales lectores del periódico.

VARIEDADES

Rayos de luz

Si en el mundo hay tinieblas y cada día estas crecen más es porque voluntariamente el mundo se aleja de la luz.

Nos ha sugerido este pensamiento la lectura de la última inspiradísima carta pastoral que acaba de salir de la pluma del Ilmo. Sr. Obispo de esta Diócesis tratando sobre la idea cristiana de Dios y sus relaciones con la cuestión social.

Quisiéramos transcribirla toda entera á nuestros lectores porque el asunto es de gran enseñanza y de grandísima oportunidad; pero no siendo esto posible extractaremos algunos de sus principales pensamientos en uno de los números próximos.

El sabio prelado acaba su carta con estas notabilísimas palabras.

«¡Ay, amados Hijos! Mientras la idea cristiana de Dios y su amable Providencia no recobre su perdido imperio sobre nosotros, la paz huirá de nuestros hogares, la alarma será el estado normal de los pueblos, y reem-

plazada la civilizacion con la barbarie y el salvajismo, la sociedad se agitará con ansias y convulsiones de muerte. Refugiémonos, pues, amados Hijos, en el sagrado de esta idea salvadora, única que puede librarnos de los furios de la tempestad que se aproxima; y, ya que otra cosa no está en nuestra mano, trabajemos por el triunfo de las sanas ideas hasta donde alcance la esfera de nuestra accion, y en la medida de nuestras fuerzas.»

¡Consejo saludable! pero ¡cuán pocos son los que lo siguen!

La gente no está por predicar ni por oír sermones. Y así anda ello.

¡Once mil cuatrocientos trece!

Durante el último año jurídico se han tramitado en España 11.413 causas criminales más que en el año anterior.

Con este motivo dice un periódico:

«Un aumento de 11.413 criminales en un año no es un grano de anís, es un progreso digno de entumecer los nervios al más fleumático»

Es verdad; pero con esto del progreso del mal acontece lo que decía el gitano del cuento:

«Padre, la más negra viene detrás.»

Si Dios no lo remedia y los gobiernos siguen abriendo de par en par las puertas del infierno con las llaves de la libertad liberal llegará día que no tendremos bastante humo de imprenta para pintar los cuadros.

El que ha ofrecido en estos días el parlamento frances con la última explosion de dinamita, explosion que ha herido á más de cien personas entre ellas veinte diputados, va dando ya la traza del porvenir.

Si con estos campanillazos de la Divina Providencia los liberales no vuelven al orden, apaga y vámonos.

Pero ya van volviendo

D. Manuel del Palacio, poeta liberal (según confesion propia) asustado ya sin duda por el ruido de las supradichas campanadas, va, toma la pluma y espeta en «El Imparcial» el siguiente soneto dedicado.....

AL ANARQUISMO

Aspira á ser partido, y su doctrina es el odio, la fiebre y el espanto; pretende redimirnos, y entretanto lo puede realizar, nos asesina.

El rayo que su cólera fulmina lleva al tranquilo hogar miseria y llanto, y de la augusta libertad el manto en sangre tiñe con traicion dañina.

Antes que verle profanado y roto por turbas parricidas y groseras que navegan sin rumbo y sin piloto, antes, ¡oh patria! que á sus manos mueras, YO, LIBERAL COMO EL PRIMERO, VOTO CONTRA LA LIBERTAD DE LAS PANTERAS.

Convenido y apúntese usted otro voto, Don Manuel; que yo también quiero votar para que se encierren esos animales. Como que cuando ustedes les abrian la puerta tocaba yo con las manos en el cielo.

Pero pregunto ¿es que no vamos á encerrar mas que las panteras? Hombre eso no está bien. Es necesario encerrar también á los osos, y sobre todo á las serpientes, arañas y basiliscos, que son los que tienen más veneno.

En eso tal vez no estamos conformes ¿eh? pero con el tiempo ya lo estaremos.

¡Oh pobres liberales!
Que no veis más allá de las narices:
Queréis cortar los males

Dejando las raices
Y no quereis que os llamen infelices.

En efecto, D. Manuel, *infelices* es lo menos que puede llamarse á los hombres que quieren acabar con el anarquismo y dejar que á nombre de la libertad se sigan predicando las doctrinas que lo engendraron.

—Pero hombre, dirá V., si nos metemos ya á tocar la libertad de conciencia, de pensamiento, de imprenta, de asociacion etc. entonces ¿á donde va á parar el sistema?

—Eso digo yo D. Manuel: ¡Vaya un apuro!

La basura de los almanaques

Ojo con los almanaques. Hablando de la pernicioso influencia que ejercen los malos almanaques, dice el señor obispo de Segovia en una Pastoral.

«La circunstancia de tener estos almanaques una hoja cada día del año los hace más funestos y perniciosos. Es decir, que cada día del año tiene su dosis de veneno, tragado y digerido en la forma que pueda hacer más daño, y de la manera que sus resultados sean más solidos y permanentes.

Pecan (mortalmente) los que leen, los que permiten su lectura, pudiendo impedirla, los que los compran y los que los retienen, aunque no los lean. Si no hubiera compradores, no habría autores, ni impresores, ni vendedores, ni repartidores.

«Es más; pecan los que voluntariamente miran estos almanaques, aunque no los lean, por la indecencia y propósitos inmorales que encierran sus inmundas caricaturas.»

Muy atinadamente continua diciendo el señor obispo de Segovia:

«Para satisfacer la necesidad ó el gusto en la lectura de los almanaques, no es menester tenerlos malos; siempre ha habido almanaques buenos, y ahora los hay excelentes, á la altura de los adelantos modernos y conforme á las exigencias literarias, artísticas y científicas de nuestra época, de mucho mejor gusto y de mucha más perfeccion, aun en su parte material, que los almanaques impios y obscenos. ¿Por qué, pues los católicos y las personas decentes han de beber todos los días en fuentes cenagosas de irreligion y obscenidad?»

Pensamientos de algunos obispos sobre la buena prensa

No contribuir al sostenimiento de la prensa católica cuanto se pueda, es en sí una omision culpable, pues es negarse á prestar á la Religion un concurso de que necesita.» (El obispo de Langres.)

«Como los enemigos del Cristianismo se valen principalmente de la prensa para combatir y, si fuera posible, destruir la iglesia, así también nosotros, despues de los Sacramentos, los medios de la gracia y la predicacion de la palabra divina, no tenemos medio más eficaz para defender la santa causa, para dilatar y confirmar el reino de Dios, para conservar y defender las buenas costumbres cristianas, que la prensa católica. Por lo tanto, el reverendo clero de nuestra diócesis trabajará siempre y en toda ocasion y se valdrá de toda su influencia para que se destierren de las casas cristianas los productos de la mala prensa y se sustituya con las publicaciones buenas.» (El obispo de Linz.)

Los pobres

En Francia se cuenta un pobre por cada 20 individuos, uno por cada 25 en Italia, uno por cada 30 en España, y en Inglaterra, país protestante, uno por cada seis, es decir tres, cuatro y cinco veces más. Solo en Londres viven de limosnas 100.000 indigentes, miseria que proviene de la supresion de los con-

ventos en el reinado de Enrique VIII, pues estos alimentaban aldeas y pueblos enteros y remediaban muchos males. La Universidad de Cambridge, que consta sólo de anglicanos reconoció en 1878 que la supresion de los monasterios fué una calamidad nacional. Para disminuir los pobres, Enrique VIII los mandaba azotar y cortar la oreja derecha la primera vez que mendigaban, y á la segunda vez que lo intentaban, los condenaba á muerte. Isabel estableció la tasa de los pobres. Todo fué ineficaz, y solo la Iglesia Católica ha sabido crear multitud de obras para favorecer á los indigentes y entre ellas á las Hijas de la Caridad y las Hermanitas de los Pobres.

MÁXIMAS Y PENSAMIENTOS

ENTRESACADOS DE LOS FOLLETOS CATOLICOS DE
D. MIGUEL AMAT

La educacion de los hijos

La primera obligacion
De un padre para sus hijos,
Es, con cuidados prolijos,
Darles buena educacion.
Y luminar su razon
Con la cristiana piedad,
Es de gran necesidad
Porque honrando así al Señor,
Brotó en el alma el amor
A toda la humanidad.

Las dos luces

¡Infeliz del que privado
¡Oh, Sol, se halla de tu luz!...
Pero más infortunado
Quien no vive iluminado
Por tu luz divina.... ¡oh, Cruz!
Pobre Madre.... al espirar
¡Pobre madre! Al espirar
Me dijiste: «Seas honrado»,
¡Y me dabas á besar
A Jesus crucificado!

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándose bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, obreros, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA.

Una accion.	4 pesetas mensuales.
Media id.	2 " "
Un cuarto id.	1 " "
Un octavo id.	0'50 " "

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por accion mensual, siendo para la peninsula.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripcion en Madrid en la administracion de *La Semana Católica*, Bolsa 10, y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.